

REDACCION, DIRECCION Y ADMINISTRACION

Hortaleza, 75, principal derecha.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

MADRID, un mes.	Pesetas	0'50
PROVINCIA, trimestre.		2'00
— semestre.		3'50
— año.		6'50
ULTRAMAR y EXTRANJERO, año.		12'00

Mano de 25 ejemplares, 75 céntos de peseta

Número suelto: 5 céntos.

LA PIQUETA

SEMANARIO REPUBLICANO

ANUNCIOS NACIONALES.

En 4.ª página: línea, 15 céntimos de peseta.
En 3.ª id. id. 30 id. id.

ANUNCIOS EXTRANJEROS

En 4.ª página: línea, 25 céntimos de peseta.
En 3.ª id. id. 50 id. id.

Comunicados y remitidos, precios convencionales.

Toda la correspondencia se dirigirá al Director, Hortaleza, 75, principal.

SUMARIO.

Victor Hugo: El obispo en presencia de una luz desconocida.—El obstáculo real.—Piquetas.—Crítica religiosa: Influencia de las religiones en la humanidad.—Hisopazos.—Bibliografía.—Teatros.

VICTOR HUGO.

En ocasiones como la presente, cuando el cadáver del grande hombre se muestra todavía a los ojos de París consternado, cuando vibra con tristes vibraciones la inmensa pena que abruma a cuantos hombres sienten agitarse en su alma las ideas de arte, de libertad, de justicia, de razón, de derecho, es imposible de toda imposibilidad hacer un examen analítico que signifique lo que Víctor Hugo representa dentro del siglo XIX.

El dolor, para ser inmenso, necesita ser mudo; los dolores traducidos por gritos, por lágrimas, por sollozos, son dolores pequeños, dolores egoístas que se revuelven en el estrecho círculo de nuestras afecciones particulares; pero el verdadero dolor, el dolor colectivo y unánime, ese dolor que a los hombres embarga al desaparecer uno de aquellos seres para todos preciso y por todos reverenciado, se manifiesta de otra suerte: se manifiesta por el apantamiento total de nuestras facultades anímicas, por el silencio triste y melancólico, por la estupefacción sombría que a la vez detiene los sonidos en la garganta y las ideas en el cerebro. Así que nosotros nada podemos decir, porque nada podemos pensar. Nos sentimos dominados por angustia infinita ante la muerte del genio sublime que resumía en sí las aspiraciones de nuestra época, y no hallamos frases bastantes a significar nuestra pesadumbre. Las amarguras universales provocan parálisis en el espíritu.

Victor Hugo escribió, como prefacio a las obras de Shakespeare, un libro que titula *El libro de los genios*. Allí, maravillosamente esculpidas, se ostentan las imágenes de Homero, de Esquilo, de Job, de Tácito, de Rabelais, de Cervantes, de cuantos héroes del pensamiento abarcaron con su gigante esfuerzo los hechos del presente para profetizar los acontecimientos de lo porvenir.

Indudablemente en aquel libro dejó Víctor Hugo algunas páginas en blanco, y estas páginas deben llenarse con su nombre: que su nombre representa al más grande de todos los genios, porque ha nacido en el siglo más grande de todos los siglos.

Victor Hugo en este siglo de lucha y controversia es el ariete del progreso batiendo implacable la estúpida muralla de la reacción.

A continuación copiamos el capítulo X de su inmortal obra *Los miserables*.

Diga ese capítulo cuanto nosotros llamamos:

CAPITULO X.

EL OBISPO EN PRESENCIA DE UNA LUZ DESCONOCIDA.

Delante de la puerta estaba sentado en un viejo sillón de ruedas un hombre de cabellos blancos, mostrando su sonrisa al sol poniente. A su lado estaba en pie un jovencuelo, el

pastorcillo, presentándole al anciano un cuenco de leche.

Mientras le miraba el obispo, el anciano alzó la voz, diciendo:

—Gracias, no necesito nada más.

Y su sonrisa dejó el sol para fijarse sobre el muchacho.

Adelantóse el obispo, y al ruido que hizo al andar volvió el anciano la cabeza, y su semblante expresó toda la gran sorpresa que puede tenerse después de una larga vida.

—Desde que estoy aquí,—dijo,—esta es la vez primera que alguien entra en mi casa. ¿Quién es usted, señor mío?

El obispo respondió:

—Yo me llamo Bienvenido Miriel.

—Bienvenido Miriel,—he oído pronunciar ese nombre. ¿Es usted acaso a quien el pueblo llama monseñor Bienvenido?

—Yo soy.

El anciano repuso sonriendo:

—En ese caso, ¿usted es mi obispo?

—Algo.

—Pase usted, señor.

El convencional tendió la mano al obispo; pero el obispo no la tomó, limitándose únicamente a decir:

—Me alegro ver que me habían engañado. Ciertamente no parece que está usted enfermo.

—Señor,—respondió el anciano,—voy a sanar del todo.

Hizo una pausa y continuó:

—Moriré dentro de tres horas.

En seguida repuso:

—Soy algo médico, y sé de qué modo llora la última hora... Ayer no tenía frío más que en los pies; hoy el frío ha subido a las rodillas, y ahora siento que alcanza hasta la cintura; cuando llegué al corazón, allí me pararé. ¿Verdad que el sol está hermoso? He hecho sacarme afuera en mi sillón para arrojar una última mirada sobre las cosas. Puede usted hablarme, la conversación no me fatiga. Hace usted bien en venir a contemplar a un hombre que va a morir. Bueno es que haya testigos ante un momento como este. Cada cual tiene sus manías; yo hubiera querido llegar hasta la aurora. Pero sé que apenas me restan tres horas, y será de noche. En rigor, ¿qué importa! El concluir es cosa sencilla; no se necesita la luz de la mañana para ello. Vaya, moriré reposadamente con las estrellas.

El anciano se volvió hacia el pastor:

—Y tú, vete a acostar. Has pasado en vela toda la noche, y estás cansado.

El muchacho se entró en la casucha.

El anciano le siguió con los ojos y añadió como hablando consigo mismo:

—Mientras él esté durmiendo moriré yo. Los dos sueños pueden hacer buena vecindad.

El obispo no estaba conmovido como parece que podría estarlo. No creía sentir a Dios en aquella manera de morir; digámoslo todo porque es preciso indicar las pequeñas contradicciones de los grandes corazones, como todo lo demás: él, que cuando ocurría, reía de tan buena voluntad de su ilustrísima, en aquel momento le chocaba algún tanto no oírse dar el tratamiento y se sentía casi dispuesto a replicar: «Ciudadano».

Vinole a la mente un capricho de familiaridad de mal humor, tan común en los médicos y en los eclesiásticos, pero que no era habitual en él.

En definitiva, aquel hombre, aquel convencional, aquel representante del pueblo había sido un poderoso en la tierra; por la primera vez de su vida, quizás el obispo se sintió inclinado a la severidad.

El convencional, sin embargo, considerábase con cordialidad modesta, en la cual hubiérase podido distinguir tal vez la humildad que acompaña al individuo cercano a ser sepultado en el polvo.

Por su parte el obispo, si bien por lo regular se abstenía de toda curiosidad, que, en su concepto, tan vecina era de la ofensa, no podía

por menos de examinar al convencional con una atención que no siendo originada por la simpatía, probablemente se la hubiese reprochado su conciencia respecto de otro cualquiera. Un convencional le hacía casi el efecto de un ser fuera de ley, fuera hasta de la ley de la caridad.

G., sereno, el busto casi derecho, la voz vibrante, era uno de esos grandes octogenarios que causan la admiración del fisiologista. La Revolución tuvo muchos de esos hombres proporcionados a su época. Percibíase en aquel anciano el hombre a prueba; así que tan próximo como estaba a su fin, había conservado todos los signos de la salud.

Había en su clara mirada, en su acento firme, en el robusto movimiento de sus hombros, algo que desafiaba a la muerte, Azrael, el ángel mahometano del sepulcro, había torcido su camino, creyendo haberse equivocado de puerta.

G. parecía morir, porque así lo quería él; en su agonía puede decirse había libertad completa. Sólo las piernas estaban inmóviles, y por ellas le tenían cogido las tinieblas. Los pies estaban muertos y fríos, y la cabeza vivía con toda la potencia de la vida y parecía llena de fulgor. En aquel grave momento se asemejaba G. al rey del cuento oriental, carne por arriba y mármol por abajo.

Había allí una losa, y en ella se sentó el obispo. El exordio fué exabrupto.

—Le felicito a V.,—dijo con cierto tono de reprimenda.—Al cabo V. no fué de los que votaron la muerte del rey.

El convencional no pareció hacer alto en la significación amarga que se ocultaba bajo aquella palabra, al cabo. Y respondió desapareciendo de su fisonomía toda sonrisa:

—No me felicite V. mucho, señor mío, pues voté el fin del tirano.

Era el acento austero en presencia del acento severo.

—¿Qué quiere V. decir?—repuso el obispo.

—Quiero decir que el hombre tiene un tirano, la ignorancia; y yo voté el fin de ese tirano que ha engendrado el poder de los reyes; esta es la autoridad tomada en falso, al paso que la ciencia es la autoridad tomada en lo cierto. El hombre no debe ser gobernado sino por la ciencia.

—Y la conciencia,—añadió el obispo.

—Es lo mismo, la conciencia es la cantidad de ciencia innata que tenemos en nosotros.

Monseñor Bienvenido escuchaba algo asombrado este lenguaje enteramente nuevo para él. El convencional prosiguió:

En cuanto a Luis XVI dije no:

—Yo no me creo con derecho para matar a un hombre, pero si siento en mí el deber de exterminar el mal. Voté el fin del tirano, es decir, el fin de la prostitución para la mujer, de la esclavitud para el hombre, de la oscuridad para el niño; y votando la república voté todo esto. Yo voté la fraternidad, la concordia, la aurora. Ayudé a la caída de las preocupaciones y de los errores. El hundimiento de los errores y de las preocupaciones produce la luz. Hicimos caer al viejo mundo, y el viejo mundo, vaso de miserias, al derrumbarse sobre el género humano, se ha convertido en una urna de alegría.

—Alegría aguada,—dijo el obispo.

—Podría V. decir alegría turbada, y en la actualidad; después de ese regreso fatal del pasado que se llama 1814, alegría desaparecida. ¡Ay! La obra quedó incompleta, convengo en ello: nosotros demolimos el viejo régimen en los hechos y no pudimos suprimirle enteramente en las ideas. No basta destruir los abusos, es menester modificar las costumbres. No existe ya el molino, pero el viento prosigue.

—Ustedes demolieron, y el demoler puede ser útil, pero desconfío de las demoliciones complicadas con cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo, y la cólera del derecho es un elemento del pro-

greso. No importa, dígame lo que se quiera, la Revolución francesa es el paso más poderoso del género humano desde el advenimiento de Cristo. Incompleta, es verdad, pero sublime. Ella ha despejado todas las incógnitas sociales, ha suavizado los espíritus, ha calmado, ha templado, ha ilustrado, ha hecho derramar por la tierra torrentes de civilización, ha sido buena. La Revolución francesa es la consagración de la humanidad.

El obispo no pudo menos de murmurar:

—¿Sí? ¡Y 1793!

El convencional se incorporó en su sillón con una solemnidad casi lúgubre, y tanto cuanto un moribundo puede exclamar, exclamó:

—¡Ah! Eso dice Vd., el 93. Ya me esperaba yo esa palabra. Durante mil quinientos años se ha formado un nublado. Al cabo de quinientos siglos ese nublado estalla. Y ahora acusa Vd. al trueno que conmueve.

Conoció el obispo, quizás sin confesárselo a sí mismo, algo en el que había recibido ataque; mas, no obstante, respondió sin desconcertarse:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote habla en nombre de la piedad, que no es otra cosa sino una justicia más elevada. Un trueno al estallar no debe equivocarse.

Y añadió mirando fijamente al convencional:

—¿Luis XVII?

El convencional extendió la mano y cogió el brazo del obispo.

—¿Luis XVII? Veamos, sobre qué cosa. Entonces, si, yo también lloro con usted. ¿Es sobre el niño real? Esto pide reflexión. Para mí, el hermano de Cartucho, niño inocente colgado por bajo los sobacos en la plaza de Grève hasta que sobreviniese muerte, por el sólo crimen de haber sido hermano de Cartucho, es acto no menos doloroso que el nieto de Luis XV, niño inocente, martirizado en la torre del Temple por el solo crimen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor mío,—dijo el obispo,—no me gustan esas comparaciones de nombres.

—¿Cartucho? ¿Luis XV? ¿Por cuál de los dos reclama usted?

Hubo un momento de silencio. El obispo se arrepintió ya casi de haber venido, y sin embargo se sentía vaga y extrañamente conmovido.

El convencional prosiguió:

—¡Ah! Señor eclesiástico, no le gustan las asperezas de lo verdadero; pero a Cristo sí le gustaban. Tomaba una vara y limpiaba el templo. Su látigo, rebotando centellas, era un ruido decidor de verdades. Cuando exclamaba: *Senite parvulus* no hacía distinción entre pequeños y pequeños. Para él, lo mismo cuidaba que se le acercase el delfín de Barrabás que el delfín de Herodes. Señor mío, la inocencia tiene su corona en sí misma y para nada le sirve ser alteza. Tan augusta es con andrajos como con flores de lis.

—Es cierto,—dijo el obispo en voz baja.

—Insisto,—continuó el convencional G.—Me ha citado Vd. a Luis XVII. Entendámonos. ¿Lloramos sobre todos los inocentes, sobre todos los mártires, sobre todas las criaturas, tanto las de abajo como las de arriba? Yo soy de los que lloran. Pero, ya se lo he dicho a usted; es preciso remontarnos más alto que al 93, y es antes de Luis XVII adonde debemos llevar nuestras lágrimas. Lloraré con usted por los hijos de los reyes con tal que usted llóre conmigo por los pequeñuelos del pueblo.

—Sobre todos lloro,—dijo el obispo.

—¡Igualmente!—prorrumpió G.—Y si debe inclinarse la balanza, que sea del lado del pueblo. Hace más largo tiempo aun que está padeciendo.

Hubo todavía nuevo silencio y el convencional fué quien lo rompió. Apoyóse sobre el codo y con el pulgar, y el índice replegado, compri-

mió algun tanto la mejilla y como se hace maquinalmente cuando se interroga y se juzga, é interpelló al obispo con una mirada llena de todas las energías de la agonía. Fué aquello casi una explosión.

—Si señor; largo tiempo hace que el pueblo está sufriendo. ¡Y luego sinó fuera más que eso, para que venga usted á cuestionarme y hablar-me sobre Luis XVIII! ¿Es que yo lo conozco á usted? Desde que habito en este país he vivido aquí encerrado, solo, sin poner nunca fuera los pies, sin ver á nadie más que á ese muchacho que me sirve. Su nombre de usted, es cierto, ha llegado confusamente hasta mí y debo decir que no muy mal pronunciado; pero esto no significa nada; las gentes hábiles tienen tantos modos de embaucar al bonachón del pueblo!... A propósito, no he oído el ruido de su carruaje; le habrá usted dejado, sin duda, detrás del cercado, en el cruce del camino. No le conozco á usted, le digo. Me ha dicho que era el obispo, pero esto no me dá indicio sobre su persona moral. En suma, le repito mi pregunta: «¿Quién es usted?» Es un obispo, es decir un príncipe de la Iglesia, uno de esos hombres de oro, con blasones, con rentas, con gruesas prebendas—el obispado de D...—15.000 francos fijos; 10.000 de casual, 25.000 francos en todo; con cocina y libreas; comiendo regaladamente gallinetas por pescado los días de viernes; pavoneándose, lacayos por delante, lacayos por detrás, en berlina de gala, con palacio y arrastrando coche en nombre de Jesucristo; que iba descalzo! Usted es un plebeyo; rentas, palacios, caballos, criados, buena mesa, todas las sensualidades de la vida, todo eso tiene usted como los otros, y como los otros disfruta de ello. Está bien; pero esto dice demasiado ó nó lo bastante; esto no me ilustra sobre su valor intrínseco y esencial de usted que viene con la pretension probable de traerme la sabiduría. ¿A quién es el que hablo? ¿Quién es Vd?

El obispo bajó la cabeza y respondió.

—*Vermis san.*

—¡Un gusano de tierra en coche!—murmuró entre dientes el convencional.

Tocábale al convencional ser altivo y al obispo mostrarse humilde.

El obispo repuso con dulzura:

—Sea así, señor mío; pero explíqueme usted pasados de los años, ¿en qué me ha servido la mesa y las gallinetas, que como en viernes, en qué mis 25.000 francos de renta, en qué mi palacio y mis lacayos prueban que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber, y que el 93 no fué inexorable.

Pasóse el convencional la mano por la frente como para apartar una nube, y dijo:

—Antes de responder pídome me perdone. Es cierto, no he tenido razón, señor mío, está usted en mi casa, es mi huésped y le debo cortesía. Discute mis ideas, y es bien que yo me limite á combatir sus raciocinios. Sus gozes y riquezas son ventajas que tengo contra usted, en el debate; pero es muestra de buen gusto no servirme de ellas. Prometo á usted que no las usaré más.

—Doile gracias,—dijo el obispo.

Y G. replicó:

—Volvamos á la explicación que me pedia usted. ¿En qué estábamos? ¿Qué me decía usted? ¿Que el 93 había sido inexorable?

—Inexorable, sí,—dijo el obispo.—¿Qué piensa usted de Marat, palmoteando á la vista de la guillotina?

—¿Y qué piensa usted de Bossuet, cantando el *Te Deum* sobre las cuchilladas de los dragones contra los protestantes?

La respuesta era dura; pero iba derecha al objeto con la rapidez de una punta de acero. El obispo se estremeció y no le ocurrió ninguna réplica; además le escocía aquella manera de nombrar á Bossuet. Los mejores ingenios tienen sus ídolos y á veces se sienten vagamente lastimados por las faltas de respeto de la lógica. El convencional empezaba á alentar con dificultad; el asma de la agonía que sobreviene á los últimos soplos, le embarazaba la voz; sin embargo, aun había una perfecta lucidez de alma en sus ojos y continuó:

—Digamos todavía alguna que otra frase, no me opongo. Independientemente de la revolución que, tomada en su conjunto, es una inmensa afirmación humana, 1793 ¡ay! es una réplica. A V. le parece inexorable; pero ¿y toda la monarquía, señor mío?

—Barrier es un bandido; pero ¿qué nombre dá V. á Montrevél? Fouquier-Thinville es un pícaro; pero ¿qué opina V. de Lamoignon-Baville?

Maillard es horrible; pero ¿qué tal Saulx-Tavannes? El padre Dnehesne es feroz; ¿pero qué epiteto me dará V. acerca del padre Letellier? Jourdan-Corta-Cabezas es un monstruo; pero no tanto como el marqués de Louvois. Señor, señor, compadezco á María Antonieta, archiduquesa y reina; pero compadezco también á aquella pobre mujer hugonota que, en 1683, bajo Luis el Grande, estando dando de mamar á su hijuelo, la ataron á un poste, desnuda hasta la cintura, y separaron su cria á cierta distancia. Llenábansele de leche el seno y el corazón de angustia; el pequeñuelo, hambriento y pálido, veía aquel seno, agonizaba y chillaba, y el verdugo decía á la mujer, madre y nodriza: «¡Ab-jura!» dándole á escoger entre la muerte de su hijo y la muerte de su conciencia. ¿Qué dice usted de este suplicio de Tantaló aplicado á una madre? Retenga V. bien esto, señor mío; la Revolución francesa tuvo sus razones. Su cólera será absuelta por el porvenir: su resultado es el mundo mejor. De sus golpes los más terribles sale una caricia para el género humano. Abrevio y concluyo. Es harto bueno mi juego. Además, yo ya me muero.

Y, cesando de mirar al obispo, el convencional acabó su pensamiento con estas breves palabras serenas:

—Si las brutalidades del progreso se llaman revoluciones. Cuando han terminado se advierte esto: que el género humano ha sido asperamente sacudido, pero que ha marchado.

No se imaginaba el convencional que acababa de derrocar sucesivamente, uno después de otro, todos los atrincheramientos interiores del obispo. Quedaba uno, sin embargo, y de este supremo recurso de la resistencia de monseñor Bienvenido, salió esta otra frase, en que volvió á aparecer casi toda la rudeza del principio:

—El progreso debe creer en Dios. El bien no puede tener servidores impíos. Mal conductor es el género humano aquel que es ateo.

El antiguo representante del pueblo no respondió. Tuvo un temblor; miró al cielo y una lágrima brotó lentamente de esta mirada. Cuando acabó de llevarse el párpado, la lágrima se deslizó por lo largo de la livida mejilla, y él dijo casi balbuceando, bajo y hablándose á sí mismo, los ojos perdidos en lo profundo del espacio:

—¡Oh tú! ¡Oh ideal! ¡Tú sólo existes!

Después de un silencio el anciano alzó un dedo hacia el cielo, y dijo:

—Existe el infinito. Allí está Si el infinito no tuviera un yo, el yo sería su límite; no sería infinito; en otros términos, no existiría. Pero existe; luego hay un yo. Este yo del infinito es Dios.

El moribundo había pronunciado estas últimas palabras en alta voz y con el estremecimiento del éxtasis, como si viera alguno. Al concluir de hablar se cerraron sus ojos. Aquel esfuerzo le había extenuado. Era evidente que acababa de vivir en un minuto las horas contadas que le restaban. Lo que acababa de decir le había acercado á aquel que está en la muerte. Llegaba el instante supremo.

Comprendiólo el obispo, apuraba el momento, había ido allí como sacerdote, y de la extrema frialdad había pasado por grados á la emoción extrema; miró aquellos ojos cerrados, tomó aquella mano arrugada y helada, y se inclinó hacia el moribundo, diciéndole:

—Esta es la hora de Dios. ¿No le parece á Vd. cuán sensible sería habernos encontrado en balde?

El convencional volvió á abrir los ojos, y en su semblante apareció impregnada cierta gravedad sombría.

—Señor obispo,—respondió con cierta lentitud, que procedía quizá más bien de la dignidad del alma que del desfallecimiento de las fuerzas,—he pasado mi vida en la meditación, en el estudio y la contemplación. Sesenta años tenía cuando mi país me llamó y me ordenó mezclarme en sus asuntos. Yo obedecí. Había abusos, y los combatí; había tiranías, y las destruí; había derechos y principios, y los proclamé y confesé. El territorio estaba invadido, y lo defendí; la Francia estaba amenazada y ofrecí mi pecho. No era rico y soy pobre. Fuí uno de los amos del Estado, y cuando las cuevas del Tesoro estaban atestadas de especies, hasta el punto que fué menester apuntalar los muros que amenazaban hundirse con el peso de la plata, yo iba á comer á la calle del Arbol Seco, á razón de veintidos sueldos por cubierto. Socorrí á los oprimidos, alivié á los dolientes. Des-

garré los paños del altar, es cierto, pero fué para vendar las heridas de la patria. Siempre sostuve la marcha adelante del género humano hacia la luz y resistí alguna vez al progreso despiadado. Hubo ocasión en que protegí á mis propios adversarios, á Vds. Hay en Peteghem, en Flandes, un convento de urbanistas, la abadía de Santa Clara de Beaulieu, que yo salvé en 1793. Hice mi deber según mis fuerzas y el bien que pude. Después de lo cual he sido arrojado, acosado, molestado, perseguido, difamado, escarnecido, afrentado, maldecido, proscrito.

Desde hace ya muchos años, y con todos mis cabellos blancos, veo todavía que hay gentes que se creen con derecho á menospreciarme; tengo para la pobre multitud ignorante cara de condenado, y sin odiar yo á nadie, acepto para mí el aislamiento del odio. Ahora cumpla ochenta y seis años; voy á morir. ¿Qué viene Vd. á pedirme?

—Su bendición,—dijo el obispo.

Y arrodillóse.

Cuando el obispo alzó la cabeza, el rostro del convencional se había vuelto augusto. Acababa de espirar.

Aquella «visita pastoral» fué naturalmente ocasión de murmuraciones para los círculos y reuniones mezquinas de localidad.

Cierta día una viuda encopetada, de esa variedad impertinente que se cree con agudeza, le dirigió estas palabras:

—Algunos preguntan cuando tendrá su ilustrísima el bonete rojo.

—¡Oh! ¡Oh! Es ese muy gran color,—respondió el obispo.—Por fortuna los que le desprecian en un gorro, le veneran en un capelo.

EL OBSTACULO REAL.

Fusionistas, izquierdistas y demócratas monárquicos pretenden formar un núcleo de fuerzas temible, unido, compacto.

¿Por qué se agrupan?

¿Es acaso que cada uno de estos partidos no cuenta con bastante representación para ocupar el poder?

otro democrático que rigieron fugazmente los destinos del país.

¿Pues qué obstáculos hay que vencer, qué inconvenientes se presentan?

Es sencillo resolver el problema.

La debilidad de los partidos liberales monárquicos no estriba en su propia naturaleza, sino en la resistencia formidable que les ofrece la institución monárquica, como incompatibles que son con ella y contrarios á su prosperidad y condición.

Por eso se agrupan esos partidos liberales, para presentar siempre el eterno problema, *la crisis del miedo*, bajo todos los aspectos imaginables.

Saben que no han de ser espontáneamente llamados al poder, saben que la propia virtud de las libertades que defienden no ha de ser innata bastante á darles el triunfo por los palaciegos procedimientos empleados por los monárquicos para alcanzar sus fines, saben que el desprecio y que la antipatía para ellos proviene de lo alto, y por eso no es una conciliación lo que proyectan, sino una coalición, una coalición de fuerzas con los mismos fines que la que han formado los republicanos, y la diferencia entre las dos coaliciones estriba en que la republicana quiere vencer el obstáculo para hacerle rodar por tierra, y la monárquica quiere vencerle para explotarle.

Ni más, ni menos. Los partidos liberales monárquicos conocen demasiado estas verdades. Ellos saben que la amenaza fué escabel de sus proyectos, ellos saben que los constitucionales tuvieron que aceptar forzosamente la unión con los centralistas (lastre retrógrado que servía de garantía al trono) como los izquierdistas obtuvieron su efímero triunfo por la garantía de Posada-Herrera, Gallostra é Inclán, como si la libertad pura, la libertad sin fiadores, la libertad sin mesticería, la libertad sin

condimento de reacción para que se dificulten sus empresas, fuera incompatible con los altos intereses ó con la naturaleza de la institución monárquica.

¡Ah! Los liberales monárquicos saben más; ellos saben que mientras rigen los destinos del país, la conspiración surge á sus propias plantas, una conspiración sorda y rencorosa que proviene de elevadísimos personajes. Ellos saben que los hijos del pueblo, que aún guardan cierto pudor para no renunciar al espíritu liberal, encuentran en los palacios la ironía fina, la burla punzante y el desprecio profundo:

—«Es el tío Fulano ese lacayo, el que viene aquí.»

Estas frases suelen repetirse por lo bajo, en tanto que una manifiesta cortesía exagerada, vela y encubre el desprecio y remata la obra, hasta que al cabo de un mes, de dos, de tres ó de cuatro, les dan un puntapié por considerarles inútiles, inofensivos y humillados, con el servilismo de que dieron evidente muestra.

Ellos saben que son el recurso de un momento, la compensación de un instante, *el plato de segunda mesa*, un alivio pasajero, ellos saben que llegan al poder por breves días, que necesitan fiador como el pobre que alquila un cuarto y no ofrece garantía por sí mismo, ellos saben que están en el Gobierno cohibidos, espiados, maniatados, con la humillación en la frente y el temor en el alma.

Y, sin embargo, quieren pasar por todo!

Así han encargado á Alonso Martínez (que no es conservador porque Cánovas le tomaría de escribiente) y á Montero Ríos (que si no es jesuita lo parece) para que redacten una fórmula que deje á salvo el último giron de pudor que manifiestan esos hombres que han sido soldados de todas las causas.

Y no se entenderán. Nó, no se entenderán, pero no estriba el obstáculo en las incompatibilidades de las ideas, porque ellos representan convicciones diferentes, sino en las incompatibilidades de las ideas, porque de ellas se vale cada grupo para, en un momento dado, poder hacer rancho aparte, pretextando que tienen personalidad, materia y esencia de partido.

Quieren guardar incólume una bandera convencional (fundada en distinguos despreciables), para independizarse y desligarse cuando les convenga.

En lo que si convienen todos es en que necesitan la coalición, porque la coalición liberal monárquica representa fuerza, y con la fuerza se amenaza y con la amenaza se vencen los obstáculos que ofrecen espíritus cobardes.

¡Oh liberales monárquicos! aunque venzáis no lo merecéis; el obstáculo principal, el obstáculo real, estará pendiente siempre sobre vuestras cabezas, y os aplastará tan pronto como os haya desarmado.

PIQUETAZOS.

NOVELA CONSERVADORA.

Capítulo 1.º De como se pensó elegir un diputado á Cortes por el distrito de la Seo de Urgel.

Capítulo 2.º De como el día de la elección y al abrirse las puertas del colegio, se hallaron los votantes con que la mesa estaba ya constituida por los partidarios del candidato ministerial.

Capítulo 3.º De como penetrando los interventores de oposición cogieron la urna y la encontraron llena de papeletas conservadoras que habían ido solitas á votar.

Capítulo 4.º De como viendo perdida la elección falsificaron los conservadores la acta de cuatro colegios electorales.

Capítulo 5.º De como bajo los gobiernos conservadores están seguros la moralidad, el derecho individual y la libertad del sufragio.

Un papelucho inmundito que se publica en esta corte procura corromper la gloria del gran poeta francés.

Es natural, como Victor Hugo ha muerto, ya aparecen sobre su cadáver algunos gusanos. ¡Qué asco!

En el Congreso.

Un diputado: ¿Cuándo se ve Vd. con Alonso Martínez?

Montero Ríos: Cuando me cite.

Un poquito mas allá.

Otro diputado: ¿Cuándo se ve Vd. con Montero Ríos?

Alonso Martínez: Cuando me cite.

¿Perc esto es política ó tauromaquia?

Debe ser tauromaquia, porque ya hemos visto los monos sabios.

El lunes hubo toros.

El miércoles hubo toros.

El jueves hay toros.

El viernes habrá toros y...

El sábado también.

Advertimos que el domingo, como es natural, hay toros.

Esto son notas históricas para describir las costumbres de los tiempos de la dinastía de D. Alfonso XII.

Nota. Ayer se negó el permiso de reunión á varios jóvenes que tratan de fundar una escuela laica.

Dicen que Paco Romero

le quita al Dr. Ferrán

para preservar del cólera

la protección oficial,

se funda en que los extragos

de la horrible enfermedad

son menos que los que causa

la jauría de Pidal;

cierto, los perros rabiosos

perjudican mucho más,

que venga el Dr. Pasteur

antes que el Dr. Ferrán.

Ha dado á entender *La Correspondencia de España* que *El Globo* será muy en breve órgano del Sr. Martos.

¿Qué dice á eso el diario posibilista? ¿Cómo interpretamos su silencio?

Ni aunque Martos se pusiera de nuevo la hoja de parra, sería honesta la noticia.

CRÍTICA RELIGIOSA.

INFLUENCIA

DE LAS

RELIGIONES EN LA HUMANIDAD (1).

SEÑORES:

Acabamos de discutir la cuestión política resolviéndola en un sentido radical sin mistificaciones ni enlaces absurdos. Estoy seguro de que ninguno de vosotros volvería con gusto á donde nos hallábamos há quince días, y que todos deseáis abordar otro asunto igualmente palpitante, igualmente trascendental y, por lo tanto, igualmente digno de vuestra atención.

Os propongo la cuestión religiosa. Imposible me parece elegir otra que mayor interés pueda despertar en España, donde una religión, la católica, ha imperado durante largos siglos sin que ninguna otra y sin que institución alguna pudiera aspirar á disputarle la dirección de nuestra marcha en la historia.

Convengo en que esta es la más espinosa de todas las cuestiones. Demanda condiciones de imparcialidad, dotes de historiador y de crítico, erudición que yo no poseo ciertamente. Procuraré suplir, hasta donde pueda, la falta de tales condiciones y dotes por la serenidad de juicio y la rectitud de criterio.

(1) Juzgándola propia de los fines que tocan á esta sección del periódico, comenzamos á publicar desde el número de hoy la Memoria leída en el Circulo Nacional de la Juventud (la noche del 5 de Mayo de 1892), por su autor D. Gonzalo Reparad.

La palabra religion podría ser el primer escollo en que tropezara. Para unos significa lo más respetable y lo más santo que existe sobre la tierra. Para otros sólo ha servido de capa al egoísmo, al odio, á la opresión, á las mayores infamias y á los más atroces crímenes practicados en el seno de la humanidad. Aquéllos sólo se fijan en lo que en ella puede haber de divino, y éstos no aprecian debidamente el papel que han desempeñado las religiones en la historia.

El historiador no puede elevar el edificio de una sólida crítica sobre bases tan débiles.

Dejemos á un lado el sentido etimológico de la palabra y vamos á lo esencial. Suponer que Dios ha revelado ciertas verdades á éste ó aquel personaje, es suponer la existencia de privilegios, imposibles de justificar en favor de tal ó cual familia ó tribu. Inventaron los hombres la revelación cuando en su ignorancia cada grupo de ellos se suponía superior á los demás, ya que no el único existente sobre la tierra, como sucede hoy en día y ha sucedido siempre con los pueblos salvajes que viven en el aislamiento. Así los hebreos, los egipcios, los persas, los chinos, los indios, todos los pueblos de la antigüedad se suponen únicos depositarios de la revelación, excluyendo cada uno de ellos á los demás, pero empleando todos los mismos argumentos en favor de sus respectivas pretensiones, con lo cual quedamos firmemente convencidos de que Dios jamás ha revelado nada á ninguno.

La religion no es un producto directo de Dios, sino una creación de la humanidad, una obra del hombre, como la política, las artes, las ciencias, etc.

La religion no es más que uno de tantos elementos sociales, indudablemente de los más importantes. Desde el momento en que varios hombres se encuentran de acuerdo en cierto número de dogmas ó de afirmaciones religiosas, el más vivo deseo de hacerlas conocer á los demás se apodera de ellos. Esto es lo que se llama proselitismo, y manifiéstase, bajo diferentes caracteres, según el pueblo y según la religion.

Pero nadie concibe la propaganda de una idea religiosa sin estrechos lazos de union entre los propagadores. Hé aquí, por lo tanto, el primer resultado á que la religion conduce: la formación de una sociedad. Como tampoco puede concebirse sociedad sin gobierno, no tarda en surgir uno, perfectamente definido y con todos los caracteres que en él no ha podido dejar de grabar la religion que la ha producido. Tenemos ya una sociedad organizada y constituida.

Otras muchas circunstancias han debido influir al mismo tiempo para que el núcleo social haya llegado á constituirse. La familia primitiva, célula del núcleo, tenía su pequeño peculio de conocimientos de diversas clases, de palabras y gestos y de supersticiones. Con el tiempo creció la familia hasta convertirse en tribu y crecieron con el vocabulario tan limitado antes, hasta convertirse en idioma, los conocimientos hasta sistematizarse, y las supersticiones hasta formar un cuerpo de doctrina y por lo tanto una religion.

La Historia prueba que cuanto más fielmente retratada esté la religion en la sociedad, tanto más infecunda y más imperfecta es esta. Las religiones que han pasado casi íntegras al Gobierno, han formado las sociedades teocráticas como la India y la Judea. En cambio si la religion ha sufrido al imponerse, alteraciones profundas, ó si sólo ha entrado á formar parte del edificio social en pequeñas dosis y de un modo indirecto, la civilización ha adquirido rápido desarrollo y extraordinario brillo. Grecia y Roma, en las que la teocracia influyó muy poco, son buenos ejemplos de lo que digo.

La civilización moderna se ha salvado por haberse apartado de la esencia del cristianismo, aceptando de éste ciertos principios, pero no todos los principios; ciertas doctrinas, pero no todas las doctrinas. Si el Evangelio hubiera impuesto al mundo la misma organización que adoptaron los primeros discípulos de Jesús, las sociedades que hoy se llaman civilizadas no hubieran podido romper en su infancia los estrechos moldes de un comunismo teocrático. Por fortuna el espíritu humano era ya bastante fuerte, la civilización había adquirido un desarrollo demasiado grande para someterse por completo y la nueva religion sólo pudo propagarse cuando Pablo y sus discípulos la adaptaron á las necesidades de su tiempo. Pero retrocedamos un momento para remontarnos al origen de las religiones antiguas.

(Se continuará.)

HISOPAZOS.

Un cura de Lisboa (advertimos que los de Lisboa son como los de aquí, poco más ó menos) se ha negado á dar una certificación de pobreza á un hombre enfermo y desvalido, porque éste no había confesado y comulgado hacia algun tiempo.

Es claro, el presbítero dirá: — ¿Cómo ha de tener hambre un hombre que no quiere tomar la Hostia?..

Sin embargo, el pobre replicará: — Señor cura, si Dios está en todas partes, ¿por qué no me lo propina Vd. en forma de chuleta?..

Parece que en Zafra, provincia de Badajoz, un reverendo presbítero ha hecho proposiciones deshonrosas á una joven.

Dícese que lo que luego ocurrió entre la niña y el cura lo castiga el Código, clasificándolo de estupro.

Mucho ojo, señores, mucho ojo con vuestras hijas y... aún con vuestros hijos.

Asegura *El Heraldo* que la abadesa del convento de Mondónedo ha intervenido en las elecciones municipales de Pastoriza.

Está visto, todos los que hacen votos por Dios, luego los hacen por los gobiernos reaccionarios.

En último caso, no hay entretenimiento más inocente que el de hacer concejalitos.

¿No es verdad, vírgenes?

De *El Mediterráneo*:

«Una mujer de Morella se ha quejado ante el señor juez de primera instancia del partido, denunciando en toda regla al arcipreste de aquella población, quien le ha sustraído una hija tan bella como candorosa, so pretexto de mandarla á un establecimiento de Beneficencia por correr peligro junto á su madre.

¿Qué les parece á Vds.?»

Que es cosa muy regular, que un arcipreste en Morella ó en cualquier otro lugar, cuando vea á una doncella la quiera beneficiar.

De *La Voz Montañesa*, de Santander:

«Anteayer ocurrió un hecho curioso en el convento de las Adoratrices de esta capital.

«Una señora, muy religiosa por cierto, que había ido á la función que se celebraba en aquel templo, se colocó entre otras personas de su sexo, cerca del altar mayor.

«La señora á que nos referimos no llevaba mantilla y si sólo un pañuelo cubriendo la cabeza.

«Comenzada la función, una monja se acercó á la referida señora manifestándole que abandonara aquel sitio, señalándole á la vez otro de menos categoría, y mandando á una señora que tenía sombrero, que ocupara el sitio de la que había sido expulsada.

«La señora que había sido despojada de aquel templo, aunque avergonzada, dirigió á la monja estas palabras: «Señora, esto no es religion; en la casa de Dios no debe haber preferencias; á lo que le contestó la interpelada: «Cada uno manda en su casa.»

Ya lo sabeis, católicos encargados por el Estado de sostener el culto, vuestra casa no es vuestra, sino de vuestros asalariados.

¿Qué os parece?

BIBLIOGRAFIA.

Ecos de un pensamiento libre. Así se titula el cuarto tomo de la Biblioteca de «El libre pensamiento», recientemente publicado. Este tomo son dos libros en uno. El primero, porque libro puede llamarse al admirable prólogo con que Demófilo encabeza la colección de poesías de nuestro compañero en la prensa, Sr. D. Antonio R. García Vao, es un hermoso llamamiento á las naciones que sufren, para que unidas, no tanto por los lazos del territorio, cuanto por los vínculos de comunes y santas ideas, logren arrancar para siempre de su seno esas instituciones bastardas y ruines, que oprimen la conciencia y la razón y son la pesada losa del absurdo.

Hace en este prólogo su autor una brillante defensa de la poesía tan despreciada por los hombres del presente; y aduce concluyentes pruebas á fin de demostrar la influencia ejercida por los poetas alemanes en la union de su patria. Cita á este propósito la oda sublime de Schiller titulada «La Campana», y se estaría recordando los enérgicos cantos con que despierta y excita el sentimiento nacional la obra del ilustre escritor. Razon lleva Demófilo: «La Campana» de Peiller consiguió levantar el decaído espíritu de los alemanes; pero hoy entendemos nosotros que para levantar el espíritu de ciertos países hacia falta una «Campana de Huesca».

La segunda parte de la obra, el segundo libro mejor dicho, lo compone la colección de poesías de García Vao. No vaya á suponer el lector que estas poesías son de aquellas donde apenas si basta la riqueza de la forma para disimular pequeñas insulsas de fondo; no; García Vao es un poeta á la moderna, ha comprendido el espíritu de su época y allí lo defiende con valientes composiciones, donde quiera que la ocasión se le ofrece. Basta citar el nombre de alguna de las poesías para que se comprenda el fin á que tiende un autor.

«Despierta pensamiento», «Victor Hugo», «La Fabrica y el Templo», «La República», «El día del triunfo», etc., son títulos suficientes á demostrar que García Vao es un libre pensador que aporta valiosos materiales al edificio del progreso.

Hagamos votos porque consigan su objeto y reciban, tanto él como Demófilo, la enhorabuena justa que merecen sus liberales obras...

También se ha recibido en esta redacción una «Gramática francesa» que acaba de publicar el profesor de dicha asignatura, D. Julio Tronillut.

Baste decir, en obsequio de la obra, que ha obtenido mención honorífica en la exposición artística literaria.

TEATROS.

El lunes se estrenaron en este coliseo dos zarzuelas. La primera, en un acto, titulada *Saturno*, original de los Sres. Marsal y Reig, la cual fué muy aplaudida por el público, que hizo repetir algunos números de la obra.

La segunda, en dos actos, titulada *Don Benito de Pantoja*, gustó muchísimo á la concurrencia, por ser de las pocas obras que por desgracia abundan ahora.

Sigue asistiendo una numerosa concurrencia á este teatro y aplaudiéndose á la compañía que en él actúa.

Los difíciles y arriesgados ejercicios que ejecutan los artistas que componen la compañía que trabaja en dicho circo, hacen que se encuentre favorecido todas las noches por un numeroso público.

Anoche debutó en este circo el notable gimnasta sevillano Sr. Avila, el cual despues de hacer variados ejercicios, hizo 32 planches en un minuto, con tal perfección que pueden compararse con la célebre de Martos. El público salió muy satisfecho del nuevo artista.

La compañía que actúa en el teatro de la calle de Santa Brígida sigue siendo favorecida por un numeroso público, que tributa justos aplausos á los actores que la componen.

Madrid: Imprenta de José de Rojas, Tudescos, 31, prin. 2

LA PIQUETA

SEMANARIO POLÍTICO REPUBLICANO

DIRECTOR - PROPIETARIO, PABLO PAREDES Y MORALES

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION, HORTALEZA, 75, PRINCIPAL DERECHA

Se suscribe en la Administracion. No se servirá suscripcion que anticipadamente no se haya pagado.

PRECIOS DE SUSCRICION:

	Pesetas.
Madrid: Un mes.	0,50
Provincias: Trimestre.	2
Semestre.	3,50
Año.	6,50
Francia, Antillas españolas y naciones donde exista convenio postal, año.	12

25 ejemplares, 75 céntimos de peseta á los vendedores.

5 céntimos número corriente, 15 idem número atrasado.

ADVERTENCIA

Todos los meses publicaremos una magnífica MOJA LITERARIA, redactada por las más sobresalientes plumas de nuestra patria.

CAFÉS SUPERIORES

TOSTADOS Y MOLIDOS

(COMPROBARLOS CON OTROS)

BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

Puerto-Rico á pesetas.	0,50 y 1
Mezcla á	0,65 á 1,30
Caracolillo á	0,75 á 1,50
Moka extra á	0,90 á 1,80

VENANCIO VAZQUEZ

Despacho: Cuatro Calles, y en los principales establecimientos de ultramarinos y confiterías.

LA FLOR DE LIS

Especialidad en corsés á la medida.
Se pasa á tomarlas á domicilio, previo aviso.
Montera 24 y 28, tercero, derecha.

MADRID.

Dr. MORA

MÉDICO-ORTOPÉDICO:

Desengaño, 10.—Valverde, 1, entresuelo.

PETER'S BODEGA

Los mejores vinos y los más baratos.

Capellanes, 1 duplicado.

TONICO-GENITALES

Celebres píldoras del especialista Dr. Morales contra la debilidad, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Éxito seguro, exentas de todo peligro. Se venden en las principales farmacias á 30 rs. caja, y se mandan por correo.

DR. MORALES. CARRETAS, 39.—MADRID.

PREPARACION

PARA

CARRERAS ESPECIALES.

Valverde, 25 y 27.

Convocadas 150 plazas de sobrestantes, esta Academia abre un curso especial del 1.º al 8 de Junio; siendo los honorarios módicos.

En la misma fecha dará principio el curso para las próximas convocatorias de ayudantes de Obras públicas.—Auxiliares de Minas.—Oficiales del cuerpo de topógrafos. Hay clases para los demás cuerpos especiales.

AGUSTIN BRIANSO
Tintorero químico y quita-manchas
CON REAL PRIVILEGIO DE INVENCIÓN.
Especialidad en blancos y tintes.
Economía, prontitud y perfección.
Fuencarral, 75; Fuentes, 8 y Hortaleza, 118.



SIN FIADOR

LA VERDAD

Venta de CAMAS de todas clases, COLCHONES DE MUEBLE Y MUEBLES DE EBANISTERIA Y TAPICERIA, á plazos semanales desde

UNA PESETA.

En su fábrica ALTO DE MONTELEON, 12, 15 y 16.

En las sucursales:
TOLEDO, 54.

2, MATUTE, 2, y en su central.

60, JACOMETREZO, 62.

ESCEPTICISMO POLÍTICO DE LA CLASE OBRERA
POR

JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ.

Véndese al precio de 50 céntimos en esta administración.

LUIS RUBIO

GRABADOR.

Sellos, timbres y chapas de todas clases, ni mejor ni más barato.

MADRID, 7, FUENTES, 7.

UNICAS CASAS

EN CONSTRUCCION DE TODA CLASE DE MUEBLES DE CARPINTERIA, TAPICERIA Y EBANISTERIA.

En estas casas encontrará el público mecedoras y sillas de regilla desde 22 reales. Se ponen asientos á 7 reales, se cortan fundas á la francesa muy arregladas. Se confecciona toda clase de colgaduras, última novedad, con todos los adelantos modernos y sin competencia posible por lo económico de sus precios: Arreglo, pulimento y restauracion de muebles antiguos y modernos.

22 y 44, Fuencarral, 22 y 44.

EL CATALAN

No equivocarse.

BAÑOS ARABES

CALLE DE VELAZQUEZ,
Barrio de Salamanca.

Tranvia gratis desde la Puerta del Sol. Baños de agua dulce en pilas, piscinas, gran baño de natacion; gabinete de hidroterapia; duchas de todas clases, estufas de vapor, pulverizaciones, irrigaciones, inhalaciones, gimnasio higiénico, baños medicinales de todas clases y gabinetes de electricidad. Baños á domicilio. Hay teléfono desde la botica de Lomana, Alcalá, 3, para el mejor servicio. Consulta de 1 á 3.

PLUQUERIA Y BARBERIA

DE

ANTONIO MACÍAS.

El nuevo dueño de este establecimiento, enemigo de pomposos anuncios, tiene el gusto de ofrecerlo al público, en la seguridad de que cuantas personas se dignen frecuentarle, encontrarán agrado, limpieza y cuanto constituye un esmerado servicio.

PRECIOS.

Por afeitarse.	0'25 pesetas.
Por cortar el cabello. . .	0'25 id.
Por rizar.	0'25 id.
Por fricciones de quina. .	0'25 id.
Por lavar la cabeza. . . .	0'25 id.

Además se tiñe el cabello y la barba á precios convencionales.

Se sirve á domicilio.

Para lavar la cabeza, usamos el nuevo aparato de ducha norte-americano.

HORTALEZA, 68.